

El Conflicto de los modelos de evangelización para América Latina: reflexiones a propósito de los 500 años

Leonardo Boff

El año 1992 significa para los latinoamericanos una fecha polémica. Están los que celebran 500 años de descubrimiento y de incorporación de las tierras descubiertas por los navegantes europeos a la cultura europea. Es la visión de aquellos que están en las carabelas y llegaron a puerto, el 12 de octubre de 1492, a la Española, hoy Santo Domingo. Para éstos, con la fecha de los 500 años se celebra la dilatación de la fe y la expansión de los valores de la civilización occidental.

Hay otros que denuncian la invasión y la conquista violenta con el consecuente etnocidio en una proporción inimaginable (del orden de 25 indígenas muertos por 1 sobreviviente). Es la perspectiva de los que están en las playas y son víctimas de la voracidad de los conquistadores. Los 500 años reavivan una pesadilla. No aceptan esta fecha, pues América no fue descubierta, ella ya existía hace más de 45.000 años. Esta fecha es la de los dominadores que continúan aquí, oprimiendo hasta el día de hoy. Con todo, el recuerdo de los 500 años es una buena oportunidad para hacer un balance de la lógica de la expansión colonialista europea y una crítica del espíritu expansionista y excluyente de la modernidad.

Hay todavía un tercer grupo que toma distancia de la celebración y de la denuncia e intenta un camino original. Es la oportunidad para que las

culturas autóctonas hagan un autodescubrimiento, que rescaten su propia identidad sofocada y coloquen las exigencias de un diálogo profundo con las culturas europeas y la religión cristiana. Son los de Abia-Ayala, nombre que los indígenas Kuna de Panamá daban a lo que hoy llamamos América Latina significando “tierra adulta, tierra fecunda”.

Veamos sucintamente cada una de estas posiciones. ¿Qué significa para ellas “evangelización” y “nueva evangelización”? Más que en cualquier otro tema vale aquí tomar en cuenta el punto de vista singular de cada posición. En esta discusión se verá el acierto de esta constatación: cada punto de vista es la vista de un punto. No queremos permanecer neutros en esta discusión. Pretendemos discutir cada punto a partir del cual se elabora el punto de vista. En una perspectiva de evangelización no todo punto es legítimo. Motivos humanísticos, éticos y evangélicos nos ayudan a tomar una posición correcta.

Evangelización como implantación y reproducción de un modelo (Evangelización a partir del lugar de los poderosos)

a) El modelo colonialista

Es hoy un punto asentado en la investigación histórica sobre América latina que la conquista representa un momento de un proceso más amplio: el de la expansión comercial, política y religiosa de las potencias europeas del siglo XVI. En enero de 1492, los reyes católicos de España expulsan de la península a los musulmanes. Unifican así el espacio político, religioso y cultural de Europa. En octubre del mismo año, Colón toca puerto en tierra latinoamericana. La mentalidad de conquista y de guerra es traída para acá. Así lo expresó en 1552 Francisco López de Gómara: “Comenzaron las conquistas de los indios una vez terminada la de los moros, porque siempre los españoles hacen la guerra contra los infieles” (Hispanica Victrix).

El móvil de la conquista es complejo. Muchos son los factores que impulsan a los europeos a dejar el Mediterráneo y alcanzar el Atlántico y a preferir las rutas marítimas a las terrestres para llegar a las fuentes de la riqueza comercial. No es éste o aquel factor el que determina la expansión. Es la totalidad del “orbis christianus”, que posee una dimensión económica, política, ideológica y evidentemente también religiosa, que se coloca en movimiento de expansión y de conquista. Por ser un movimiento global, reunía en un todo la variedad de actores sociales de ese tiempo.

A excepción de los misioneros religiosos, en los cuales constatamos un potencial fantástico de utopía y de generosidad, la gran mayoría lo que quería era enriquecerse. Paradigmática es la respuesta de Francisco Pizarro, el destructor del imperio inca, al misionero que le increpaba por no preocuparse de la evangelización y excesivamente del oro de los indígenas: "No vine para eso, vine por el oro".

Sin embargo, para todos será evidente, y en eso sin ninguna excepción ni de los mejores misioneros como Bartolomé de Las Casas o Antonio Viera: América Latina debía ser agregada a las costumbres políticas y culturales europeas e incorporada a la fe cristiana. El orbe cristiano constituía el único orden querido. Todos, desde los musulmanes, pasando por los indios y chinos, hasta los indígenas de los rincones más distantes de los Andes, debían ser incorporados, por las buenas o por las malas, a este orden. Fuera de él, no hay civilización (humanización) que merezca tal nombre, ni salvación eterna posible. Las religiones autóctonas son trampas de Satanás para dificultar la conversión. Deben ser destruidas.

Difícilmente en la historia de Occidente encontramos tanto etnocentrismo, dogmatismo, fundamentalismo y totalitarismo como en las visiones de los europeos del siglo XVI. Esta rigidez cultural y religiosa está en la raíz del etnocidio y de la violencia, aplicada sin ceremonias contra indígenas y negros durante siglos y que perdura en el inconsciente colectivo y en los hábitos autoritarios de las clases dominantes latinoamericana hasta los tiempos actuales. El propio Papa Paulo III, espantado, escribió una bula "Sublimis Deus" (1537) defendiendo a los indígenas contra los "encomenderos" (hacendados que poseían a su servicio indígenas) con la afirmación de que ellos eran seres racionales, por tanto personas y no animales como muchos creían, y que sus vidas y propiedades debían ser respetadas.

b) Destrucción de las culturas autóctonas

Toda colonización desestructura la cultura sometida, obliga a las personas a internalizar la figura del colonizador y a reprimir los legítimos reclamos de liberación y de justicia. Todos pasan por un terrible dilema: o se someten al colonizador, y de esa manera traicionan sus antepasados y sus hermanos y hermanas y así sobreviven como sujetos subalternos y dependientes, o bien resisten, se revelan y son perseguidos, condenados a vivir en la clandestinidad o presos y muertos. Otros, para escapar al dilema, practican una refinada arte

y técnica de, aparentemente, someterse y al mismo tiempo resistir y vivir, bajo mil subterfugios y disfraces, la propia identidad.

A causa del proceso violento de avasallamiento colonial, los pueblos colonizados poseen una dificultad enorme de elaborar su identidad propia. Siempre son y fueron obligados a verse en el espejo de los otros y ese espejo viene ofuscado por todo tipo de prejuicio, que enseguida es internalizado en el oprimido que pasa a creer que él, por el hecho de ser indígena, negro, mestizo o pobre, nada vale y que nació sólo para servir.

En razón de tales ideas inculcadas, los colonizados se sienten pueblos divididos por dentro, históricamente trágicos. Muchas veces, después de sacudir el yugo, continúan dominados por las estructuras internalizadas que les quitaron la autoestima, que les permiten mimetizarse con los antiguos colonizadores y tratar de soñar los sueños de ellos, en vez de proyectar sus propios sueños e intentar historizarlos.

El dato posiblemente más dramático reside en el hecho de que los países colonizados, como los latinoamericanos, debieron asumir el modo de pensar, de producir, de organizar el desarrollo según los modelos de los antiguos señores y no en consonancia con la lógica de las propias culturas autóctonas. De esta manera, fueron alienados y continúan alienados de las propias raíces culturales y de los motivos que les podrían traer autonomía y felicidad.

En este contexto conflictivo, ¿qué significa evangelización? Significó, en primer lugar, la implantación de la totalidad europea, de hábitos de producción, de organización familiar y política y de nombrar el mundo. Junto con esta totalidad venía, enseguida, implantado y reproducido el cristianismo, cuyo modelo fue construido en Europa, en la doctrina dogmática, en la celebración litúrgica, en la codificación de la moral, de la devoción a los santos y en la forma de significar religiosamente lo cotidiano.

Los indígenas, en el sentido estricto, no fueron evangelizados. Hubo indicios defectuosos de evangelización. Fueron, forzosamente, incorporados e insertos en la totalidad romano-católica, en la parte ibérica de América Latina, o protestantes, en las regiones del Caribe.

Ese proceso ocurrió en el cuadro del patronato, es decir, de la alianza entre el poder religioso y el poder político que creó la cristiandad europea, ahora simplemente trasladada para acá. El poder político siempre detenta el

uso legítimo de la violencia y de la coerción. Él fue usado para la implantación del cristianismo.

c) Reproducción actual del modelo colonialista

¿Puede una evangelización conservar su estatuto teológico de evangelización cuando se utiliza la coerción? Toda la tradición cristiana, aun aquella más conservadora, responde negativamente. Con todo, ésta fue la lógica dominante de la evangelización en los primeros tres siglos de presencia cristiana en América Latina: la imposición del cristianismo, como parte de la totalidad colonial y de la cultura dominante de los colonizadores.

A pesar de las contradicciones de este fenómeno de implantación y reproducción del modelo cristiano-europeo, ocurrió en sus márgenes un fenómeno de gran relevancia. Los colonizadores pobres se relacionaron con la población autóctona, se mezclaron no solamente las razas sino también las creencias. Estos cristianos eran más bien portadores de un cristianismo medieval, caracterizado por las devociones a los santos, las romerías, promesas y piedad familiar, que representantes del cristianismo polémico y celoso de la ortodoxia de la contrarreforma. Este cristianismo medieval se sincretizó con elementos de la cultura indígena, negra, mestiza y oficial. Dio origen al catolicismo popular, tal vez la creación cultural más original y rica del experimento religioso latinoamericano. Por él los pobres, los colonizados, los esclavos, los indígenas y los mestizos encontraban fuerza para soportar las miserias de la vida y un sentido mínimo dentro de los mecanismos de opresión que eran extremadamente deshumanizadores.

¿Qué significa actualmente la nueva evangelización para aquellos que exaltan la conquista y magnifican la venida del evangelio (a pesar de las contradicciones) a América Latina? Para responder a esta pregunta, se debe considerar el siguiente hecho: existen hoy en la sociedad latinoamericana sectores articulados con los grupos europeos (entre los cuales de las antiguas potencias coloniales) que políticamente quieren mantener a toda costa a América Latina dentro del orden de Occidente. Eso implica asumir el cuadro político, las instituciones y los valores que constituyen el ethos occidental.

Quieren una América Latina desarrollada, pero dentro del cuadro del capitalismo que deberá, naturalmente, ser moderno, civilizado y generador de abundancia de bienes. No ven con buenos ojos los movimientos libertarios

que emergen de una conciencia de autonomía y de rescate de los valores de las culturas autóctona y de los elementos de resistencia y de liberación que se fueron acumulando en 500 años de vida política y social latinoamericana.

En el centro de este pensamiento, va también la concepción de la nueva evangelización. Se quiere un cristianismo fuerte, pero dependiente de Europa y de las líneas trazadas por la administración central en el Vaticano. El proyecto colonial, evidentemente sin usar tal nombre, debe ser prolongado en su matriz y depurado de sus avatares. Por eso, toda creatividad doctrinal, litúrgica y pastoral es colocada bajo sospecha de violar la unidad necesaria con el modelo romano-católico. Las características de la romanidad deben ser mantenidas y deben ser reconocibles en todo lo que se emprenda de importante en la vida de la Iglesia. Será punto de identificación de la autenticidad de cualquier iniciativa y expresión de la unidad católica.

Se tratará de mantener la misma alianza con el poder. La evangelización se hará con poder y asociada con los detentores del poder. Hoy no será más con el Estado (aunque en Argentina, Colombia y otros países latinoamericanos se mantenga el esquema de cristiandad, por los concordatos con los gobiernos), sino con otras fuerzas sociales hegemónicas. La alianza se hará con la gente de poder social y cultural, extraídas de las clases medias y de los profesionales liberales de las empresas nacionales y transnacionales. Son los hijos transnacionalizados de la modernidad, son ellos los que llevarán el proyecto de la nueva evangelización a las otras clases sociales, especialmente a las mayorías pobres. Se niega a ellas el camino de la liberación, porque ésta supone la ruptura con el statu quo tradicional y la valorización de un nuevo sujeto histórico, el pueblo organizado y las clases populares con sus culturas y sus valores, también religiosos. Tal proyecto se viene descalificando como marxista, violento, antirreligioso y ajeno a la tradición latinoamericana.

Esta visión está explícitamente presente en los textos preparatorios a la IVª Asamblea del CELAM en Santo Domingo en 1992.

De nueva, en verdad, esta evangelización no posee nada. Ella mantiene el mismo proyecto de sociedad, prolonga el mismo modelo de Iglesia de nueva cristiandad: europea, romana, clerical y articulada con los poderes sociales dominantes. No innova en nada en el método de evangelización. El sujeto de la evangelización es la institución eclesial apoyada por los agentes de poder social y no los fieles y las nuevas formas de eclesialidad (comunidades) que

aquí se están formando. Sólo que en lugar de las carabelas se usan hoy los satélites de comunicación como, por ejemplo, el proyecto "Evangelización 2000".

El efecto es siempre el mismo: la reduplicación, al contrario que la recreación. El cristianismo no es reeditado en el código de la experiencia latinoamericana, sino continua siendo reproducción del cristianismo europeo que se alimenta de las fuentes espirituales típicas de la cultura occidental europea. Vale recordar que las culturas testimonios latinoamericanas no son occidentales. Ni la cultura del silencio de las grandes mayorías oprimidas se rige por la lógica cartesiana. Son otra cosa. Poseen otras matrices y valores a partir de los cuales sería posible una nueva inculturación de la fe cristiana, dando origen a un ensayo original de cristianismo en esta parte del mundo.

¿Dios no querrá ser servido y alabado en la lengua quechua, tupi-guaraní o yanomami? ¿No significa la lengua una forma singular de pronunciar el mundo? ¿No agrada a Dios ser pensado, dicho y celebrado en las más variadas hablas? ¿No apreciará las danzas y los ritos de los afroamericanos? ¿No celebrará con los grandes sueños y mitos de los xavantes o de los Krain-akarore? ¿Por qué todos éstos deben hacerse otros, dejar de ser lo que son, para aproximarse a aquel Dios que en su hijo Jesús tanto se aproximó a la carne humana? Estas cuestiones no reciben respuesta por parte de la evangelización reproductora.

2. Evangelización como proceso de liberación integral (Evangelización a partir del lugar de los oprimidos)

a) La visión de los vencidos

La segunda perspectiva es presentada por aquellos que sufrieron la llegada de los europeos como invasión y conquista con toda la violencia que ella comportó. Las poblaciones autóctonas sufrieron un trauma del cual todavía no se recuperaron hasta los días actuales. Los testimonios de su sufrimiento fueron recogidos por historiadores serios como Miguel León Portilla (*A visao dos vencidos*, LPM, P. Alegre 1987; *A conquista da América Latina visto pelos indios.*, Petrópolis 1987), Nathan Wachtel (*La visión des vaincus*, Gallimard, París 1971) y recientemente por Eduardo Galeano (*Memorias do fogo*, 3 vol. Paz e Terra, Rio 1983). Inicialmente los indígenas de las playas acogieron con gran benevolencia a los europeos de las carabelas.

Los consideraron hasta como dioses. Tanto en el imperio azteca como en el inca, había el mito del dios civilizador. Después de realizar su obra humanitaria, Quetzalcoatl en México y Viracocha en Perú habían desaparecido por sobre el mar. Pero volverían un día del Oriente para traer la suprema realización civilizadora. Las profecías indicaban fechas y signos. Ocurre que no sabemos por qué perversa fatalidad, ellas coincidían con la venida de los hombres de barbas rubias sobre un extraño animal (caballo) de Oriente, más o menos en las fechas previstas en el año ce-acall en México y en el reinado del XII° inca (Atahualpa) en Perú.

Moctezuma, soberano azteca, dice cortesmente a Hernán Cortés al llegar a Ciudad de México el día 8 de noviembre de 1519: "Señor nuestro, llegaste hasta tu ciudad, México. Aquí viniste para sentarte en tu solio, en tu trono... Era esto lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron y gobernaron tus ciudades, que te instalarías en tu asiento, en tu lugar, que habrías de venir para acá. Pues ahora, se realizó. Ya llegaste con gran fatiga, con afán viniste, llegaste a tierra, ven y descende; toma posesión de tus casas reales; da refresco a tu cuerpo. Llegaste a vuestra tierra, señores nuestros" (L. Portilla, *A conquista*, op. cit., 30-31).

En Perú, los conquistadores son descritos por la relación de Titu Cusi Yupanqui como "Viracochas, que es el nombre con el cual nosotros antiguamente denominábamos al creador de todas las cosas"; sus arcabuces son vistos como truenos del cielo (L. Portilla, op. cit., 121).

Pero la decepción vino luego. La sed de oro y plata los hacía cometer barbaridades. Como confiesa Moctezuma, los españoles "tomaron todo, de todo se apropiaron, todo arrebataron como suyo" (L. Portilla, *A visao dos vencidos*, op. cit., 73). El rigor del sometimiento, la guerra, la incidencia de enfermedades para las cuales los indígenas no tenían anticuerpos (gripe sarampión, viruela, tuberculosis y sífilis) redujeron drásticamente la población. En cuatro siglos, fue reducida a un octavo de la original, que era cerca de 50 millones.

Dramática es la descripción azteca de la destrucción, conservada en un anónimo de Tlatelolco: "En los caminos yacen dardos quebrados, los cabellos están esparcidos, las casas están destejadas, incandescentes están sus muros, gusanos abundan por las calles y plazas y las paredes están manchadas de sesos reventados; rojas están las aguas, como si alguien las hubiese teñido" (L. Portilla, *A conquista*, op. cit., 41).

No extraña que, al final del coloquio de los misioneros franciscanos con los sabios, éstos terminen con este lamento terrible: "Déjennos pues morir, déjennos perecer, porque nuestros dioses ya están muertos"? (L. Portilla, op. cit., 20). Cuando hasta los propios dioses están muertos, entonces no hay ninguna razón más para continuar viviendo.

En una única palabra, los mayas expresaron la consecuencia funesta de la conquista: "Castrar el sol! Para eso vinieron estos extranjeros!" (L. Portilla, op. cit., 60). El sol era la divinidad suprema, la fuente de vida del universo, el sentido de todas las cosas. Intentar destruir tal significado fue el mayor crimen de la conquista, en la perspectiva de las víctimas. Ese proceso de invasión y sometimiento, por la violencia dura o dulce, no fue sólo inicial. El fundó la lógica de las relaciones entre las potencias colonizadoras y los espacios ocupados durante los siglos siguientes. Será siempre una relación desigual, de dependencia y de reproducción de aquello que ocurre en la metrópolis.

Por más que se discuta la teoría de la dependencia para caracterizar las sociedades que un día fueron colonizadas, un hecho es irrefutable: el hecho de la dependencia de los países latinoamericanos, con relación a las decisiones que los países opulentos toman acerca del destino del mundo y del tipo de inserción de las distintas regiones en la política mundial.

Desde el inicio, fuimos condenados a existir y a producir para los otros, no nos fue permitido tener una existencia en sí y para nosotros con una producción adecuada a los medios de producción de nuestra cultura, para consumo de nuestro mercado interno. Antiguamente exportábamos materias primas naturales; en seguida, materias semimanufacturadas; después, manufacturadas, y hoy, directamente capital para garantizar la lógica disfrutadora de los países opulentos de hoy.

b) Le deuda impagada de los conquistadores

Cada vez que hay un poder opresor, surge también la resistencia a él y un antipoder.

A la opresión debe venir como contrapartida la liberación. Esta ansia siempre fermentó sueños, resistencia y luchas a lo largo de 500 años, más particularmente a partir de los años 60 cuando ganó cuerpo en múltiples movimientos populares, políticos, intelectuales y religiosos. Especialmente

irrumpió en el seno de varias naciones indígenas, en los grupos afro-latinoamericanos, en los movimientos sociales de mujeres, de sin tierra y de pobres en general. Todos éstos quieren ser sujetos de su historia y no objeto de benevolencia ajena que los mantiene dependientes o sujetos secundarios de una historia a la que no les es permitido moldear con características propias.

Estos grupos saben de la función política y económica que la deuda externa representa para mantener nuestras naciones en relación de dependencia, pero también conscientizaron otro tipo de deuda, las varias deudas que Europa contrajo con América Latina y que no pagó hasta los días de hoy. Eso nos confiere un sentido de justicia y reivindicación de una reparación siempre negada, de deudores financieros pasamos a acreedores, bajo varios títulos, de las antiguas potencias coloniales.

En primer lugar, hay una pesada deuda histórico-étnico-cultural. Los europeos desarticularon y, en parte, destruyeron las grandes culturas testimonios de América Latina y diezmaron a la población autóctona. Destruyeron el modo de producción de la mayoría de los pueblos que era comunitario y participativo. Sofocaron los grandes mitos y tradiciones orales. Liquidaron la memoria colectiva, a partir de la cual los pueblos extraían el sentido de vivir. Impidieron una historia autónoma, hecha en la lógica de las propias culturas. Las poblaciones fueron negadas como sujeto y tuvieron que entenderse dentro de la historia de otro que era opresor, incorporar sus símbolos y mimetizar sus valores. Fueron obligados a aceptarse como extranjeros en su propia tierra.

Enseguida, existe todavía una deuda ecológica de Europa con América Latina. La invasión del continente provocó estragos irreversibles en la explotación de las riquezas naturales, en la utilización del suelo y en las inmensas talas de bosques. Se implantó un estilo de desarrollo y de racionalidad de trabajo que implica una agresión sistemática de la naturaleza y una falta de respeto a sus ciclos naturales. Ese desarrollo aquí, en condiciones de dependencia y de asociación al desarrollo de los países ricos, se presenta profundamente desigual, generador de exclusiones y extremadamente injusto.

Por último, hay todavía una deuda de evangelización auténtica integral. Ya hablamos más arriba cómo la evangelización fue aquí sufrida por las poblaciones como parte religiosa del proceso de dominación militar, política y cultural.

c) Evangelización, reparación y liberación

Por lo tanto, la evangelización no era liberadora, la evangelización llegó a América Latina distorsionada por la injusticia, reducida por los intereses ocultos de la cultura europea, desnaturalizada, porque sirvió de instrumento de sujeción y de muerte y no de promoción de vida y de libertad.

Desconocer esta desfiguración del proceso evangelizador latinoamericano, hecho bajo el signo de la colonización, es hacerse insensible a la memoria de los millones que fueron víctimas de los colonizadores. En el fondo, es mostrarse inhumanos y sin piedad, actitudes que no se unen con el evangelio y con la práctica de Jesús. Algunos discursos oficiales de ciertos sectores del Vaticano y de algunos episcopados latinoamericanos, particularmente de segmentos importantes del Celam, escamotean esta verdad. Continúan rehenes de un discurso triunfalista y, en el fondo, cruel para las culturas avasalladas. Contra la verdad y la justicia, continúan reproduciendo mensajes sin suficiente autocrítica, procurando insertar a la Iglesia como institución y salvaguardar a la empresa misionera de los excesos practicados contra poblaciones indefensas y llenas de aperturas evangélicas, como tantos testimonios del siglo XVI confirman. Es obra del Espíritu de Dios el hecho que los obispos, profundizando y completando la tradición de misioneros proféticos de la historia latinoamericana, hayan hecho en este siglo en Medellín en 1968, y en Puebla 1979, una histórica opción por los pobres contra la pobreza y en pro de su liberación. Proyectaron una evangelización que parte de la perspectiva de las víctimas y por eso se presenta como liberadora: "El mejor servicio al hermano y a la hermana es la evangelización que los dispone a realizarse como hijos e hijas de Dios, los libera de las injusticias y los promueve integralmente" (Documento de Puebla, n. 1145).

En esta perspectiva, el pobre emerge como sujeto de su liberación y también de la nueva evangelización. Él es sujeto creador de Iglesia. Las CEBs representan la obra de los propios oprimidos que, apoyados por tantos obispos, sacerdotes, teólogos y otros agentes sociales, a partir de su fe y de su cultura, están recreando la Iglesia como comunidad de vida, de funciones y de servicios. De allí emerge un modelo eclesial más próximo al sueño de Jesús y de los apóstoles, comunitario, participativo, popular y abierto a las otras formas de organizar comunidad cristiana, sea en la tradición católica, sea ecuménicamente.

Solamente en esta visión liberadora se puede hablar de nueva evangelización. Ella rompe con una metodología del pasado, ella quiebra el cautiverio bajo el cual la Iglesia y el evangelio venían siendo sometidos por el poder dominante, que impedía mostrar su potencial intrínseco de liberación. En el cristianismo popular, en las comunidades eclesiales de base y en las varias pastorales sociales se crean las condiciones adecuadas para una inculturación de mensaje cristiano. De allí ya está surgiendo un rostro nuevo de cristianismo, con la colaboración de todas las razas y de todos los mestizajes que aquí ocurrieron. No es ciertamente un catolicismo solamente romano, aunque tenga sincretizados elementos de él en su síntesis, pero está siendo un cristianismo auténtico, latinoamericano, amerindio, afroamericano, mestizo, blanco y ecuménico. Las Iglesias que fueron cómplices en la dominación están siendo ampliamente solidarias en la liberación.

3. Evangelización como autonomización de las culturas y aprendizaje recíproco (Evangelización a partir de la autonomía de las culturas)

La tercera posición procura situarse más allá de los celebristas o anti-celebristas de los 500 años. En varios encuentros de líderes indígenas del continente, se llegó a una línea más o menos común (ver la documentación en el libro organizado por P. Suess, *Culturas e evangelização*, Loyola, Sao Paulo 1991, 239-259). Se trata de aprovechar la movilización de la opinión pública, de los Estados, de las Iglesias y de los varios saberes para proceder a un autodescubrimiento de la identidad y de los valores de las culturas autóctonas.

El saqueo de oro y de las riquezas naturales perpetrado por los conquistadores, no es casi nada en comparación con el secuestro de la identidad y de la memoria histórica que sufrieron las culturas indígenas. Se mutiló al hombre originario, su sabiduría, su ciencia, sus religiones y su sentido comunitario. Ahora se presenta la ocasión singular de recuperar la historia anterior a 1492, no en el sentido de los arqueólogos y de los etnohistoriadores, sino en la perspectiva de los propios indígenas que valorizan la memoria todavía viva de su pasado.

En primer lugar, es decisivo rescatar la sabiduría de los antepasados, es decir, los motivos y los sentidos de vivir que conformaron las culturas pasadas. Esa sabiduría está presente en el imaginario, en los dichos, en los mitos, en

los ritos, en las fiestas, en los hábitos familiares y en los modos de trabajar que subsisten, a pesar del predominio de la cultura de los invasores. Son los grandes ideales de la libertad, de reintegración de la tierra robada, de trabajo comunitario, de respeto y veneración con la naturaleza, de vivencias distintas del trabajo. Éste no es, como en la mentalidad moderna, la fuerza de la producción de bienes. Para los indígenas, es la colaboración que el ser humano da a la gran Madre tierra, pues ella produce todo y prevé todo. La tierra no es, como para el hombre occidental, un medio de producción, sino una prolongación del propio cuerpo humano vivo, una realidad con características divinas. Por eso es venerable; el ser humano vive con ella una profunda unión mística.

Lugar especial, en ese proceso de rescate, ocupa la religión. Ella fue negada por los misioneros o folclorizada por la cultura dominante. Ahora se hace necesario reconocer su validez y legitimidad. No sólo como un dato axial de la cultura, sino en su significación estrictamente teológica: Dios no llegó aquí con los misioneros, él ya estaba presente en las culturas. La revelación no se restringió a la experiencia judeo-cristiana, recogida canónicamente por las Escrituras, sino es un dato permanente de la historia de la salvación universal, pues Dios-comunión se dona continuamente en gracia y perdón a todos los seres humanos, en todos los momentos de la historia. Las religiones son ya respuestas que todo un pueblo dio colectivamente a la propuesta de Dios. Por eso, para las religiones, Dios siempre visitó a su pueblo y el pueblo se encontró con su Dios.

Esta comprensión ya produjo una teología india cuyo sujeto es la propia comunidad indígena enraizada en la tierra, en la memoria de los ancestros. Ellos son otros, diferentes en su cultura y en su religión, ricos en grandes valores personales y comunitarios. Esa diferencia necesita ser acogida y valorizada como una grandeza que revela a Dios y formas distintas de realización del misterio humano.

Lo que se dice de los indígenas vale igualmente, y con más valor todavía, para las religiones afro-latinoamericanas. Los negros esclavizados tuvieron que asumir el cristianismo de sus señores, los colonizadores blancos.

A pesar de las imposiciones de los esclavizadores, los negros supieron guardar bajo mil disfraces su propia religión. Ella se sincretizó con elementos de la cultura popular-ambiente de cuño ibérico, indígenas y mestizos. Pero

conservó sus matrices africanas y no occidentales. Por ella pudieron resistir. En el espacio no controlado de sus cultos, vivieron una libertad mínima y se sintieron dignificados al ser portadores, en sus propios cuerpos en trance, de la venida de las divinidades.

¿Qué significa aquí evangelización? Antes que nada es fundamental que las religiones de los otros sean reconocidas y valorizadas, aún más cuando estos otros fueron dominados y negados en su subjetividad. Eso implica ver en ellas la presencia y la actuación de Dios, del Espíritu y del Verbo eterno. Ese reconocimiento teologal permite un diálogo de mutuo aprendizaje y de recíproca evangelización. Evangelización aquí significa el descubrimiento progresivo que se hace de la revelación divina en las religiones y el mensaje que comporta para todos, no sólo para las respectivas culturas. Las religiones nos ayudan a comprender y a amar más profundamente el misterio de comunión del Dios de la historia.

b) Las culturas autóctonas evangelizan

La mutua apertura permite una evangelización urgente de la Iglesia. Ella pretende evangelizar a todos. Pero ¿quién evangeliza a la Iglesia? Paulo VI enfatizó, en su notable documento sobre la evangelización, que “la Iglesia tiene necesidad de ser evangelizada” (*Evangelii Nuntiandi*, n. 15). Las culturas autóctonas de nuestro continente tendrían tantos valores comunitarios, de integración del cuerpo, de un ejercicio realmente servicial del poder (como entre los guaraníes), de valoración religiosa de la tierra y de la simbólica material, de simplicidad y desapego del espíritu de acumulación (que tanto impresionó al mayor etnólogo del siglo XVI, fray Bernardino de Sahagún en su *Historia General de las cosas de Nueva España*, 2 vol. Madrid, 1988) que evangelizarían a la Iglesia y la harían más católica.

En caso de que los misioneros se hubiesen dejado evangelizar, y si por ventura hubiesen vislumbrado como los primeros pensadores cristianos que establecieron un diálogo fecundo con la cultura griega como Clemente de Alejandría, Justino y Orígenes, viendo allí la semilla del Verbo y la presencia del Espíritu, otro habría sido el destino del cristianismo latinoamericano y de las culturas autóctonas. Ciertamente permanecerían hoy aquellas culturas y viviríamos hoy un cristianismo con trazos culturales propios, distintos de aquellos europeos. Pero el camino fue otro, de uniformización y simple duplicación, a excepción, como hemos notado, del catolicismo popular y hoy del cristianismo comunal de las CEBs y de las pastorales sociales.

La confrontación entre las culturas nos hace percibir también los límites y hasta la patología que se pueden instalar en el interior del cristianismo, así como en las religiones del mundo en general. Es siempre problemático establecer criterios a partir de los cuales se define lo que es sano y lo que es patológico. Con todo, creemos que la obra de Dios en las culturas no es de tal manera confusa e indistinta que no se pueda manifestar en su sanidad como promoción de la vida, a partir de aquella más vulnerada comunicación, perdón y amor. Cuando estas realidades, que pertenecen a lo cotidiano de la existencia, son promovidas, allí podemos decir infaliblemente que Dios y su Espíritu están presentes y en acción. Por lo tanto, el criterio de la promoción de la vida es fundamental y de valor universalista.

Evangelizar las culturas autóctonas y afroamericanas implica entrar en un diálogo respetuoso y abierto con ellas. Éste debe ser conducido con extrema comprensión y empatía, porque nosotros cristianos tenemos un pasado de injusticia para con todos ellos. Es ya motivo de alegría teológica el hecho de que estas culturas hayan podido subsistir, que estén allí llenas de voluntad, de rehacerse biológicamente y de recrearse espiritualmente. El primer acto de evangelización de las Iglesias es promover sus vidas, alentar su proyecto de rehacer sus culturas, de rescate de sus religiones y de reconquista de sus tierras. Tal gesto se sitúa en la línea evangélica de aquel que dice ser su misión traer vida y vida en abundancia (cfr. Jn. 10,10). Es el evangelio primero de la fraternidad universal.

La realización de este tipo de evangelización está todavía en los primeros pasos. Nosotros, cristianos, debemos superar nuestro etnocentrismo cultural y principalmente la concentración en nuestra experiencia de revelación que nos hace arrogantes y pretenciosos detentores del monopolio de la verdad revelada y de los medios de salvación. Todos podemos aprender unos de otros acerca de esta verdad y corregirnos de los equívocos y desaciertos que cometemos contra ella.

Después de esta diligencia previa, el cristianismo puede presentar su propia positividad, de proximidad total de Dios en nuestra existencia a través de Jesús, de la conciencia que logramos acerca de la naturaleza de Dios que es comunión de personas (Padre/Madre, Hijo y Espíritu Santo), de la posibilidad de rescate y liberación de nuestra decadencia histórica, de la destinación de la vida llamada a la plenitud de la vida (Resurrección) y el desenlace bienaventurado de todo el universo (inserción en el propio reino de la

Trinidad). Si reparamos bien, tales contenidos no son excluyentes, no se oponen a las culturas por más diferentes que sean. Ellos significan la potenciación de la vida, búsqueda secreta de todas las religiones. Cada cultura trabajará a partir de su matriz este sueño, soñado colectivamente por la tradición cristiana. Asumirá tal propuesta, si le interesa como consecuencia de lo que pierde y de lo que gana con tal confrontación.

Esta perspectiva ayudará a la construcción de la paz religiosa, sin la cual tampoco habrá paz social y política entre las naciones.

4. Estar de parte de las víctimas y por su autonomía y liberación

Los testimonios emocionantes de los propios indígenas y las reflexiones que vertimos hasta aquí nos muestran cuál es la posición más sensata que cabe asumir y apoyar. Debemos comprender cada posición. Pero no podemos quedar equidistantes. Requiere tomar posición fundada en razones persuasivas.

No podemos acoger triunfalísticamente las celebraciones de los que hablan de descubrimiento y de incorporación del continente a la civilización europea. Sería ofender a millones de víctimas y aumentar su sufrimiento secular.

Recordemos las palabras proféticas del gran defensor de los derechos de los indios, Bartolomé de las Casas, en su testamento en 1564: "Dios ha de derramar sobre España (nosotros diríamos, todas las potencias colonizadoras) su furor e ira, porque toda ella participó en las sangrientas riquezas robadas y tan usurpadas y mal habidas, y con tantos estragos y acabamientos de aquellas gentes (los indígenas), si no hacen gran penitencia y temo que tarde o nunca lo harán". Si se organizan celebraciones, que sean penitenciales y de profunda revisión de la lógica que presidió la presencia del cristianismo en el continente latinoamericano.

Por razones humanitarias, debemos apoyar los esfuerzos de liberación de los que históricamente siempre fueron perjudicados. Todo el proceso histórico social, científico, técnico de los últimos 500 años no ayudó, sino marginó todavía más, las culturas autóctonas.

Por razones de justicia, deben las antiguas potencias coloniales pagar la deuda que contrajeron con las culturas nativas y con los africanos trasladados para acá y esclavizados. Hasta hoy no se les hizo la más mínima justicia, pues

el proceso de diezmación de las culturas y de pillaje de las tierras indígenas prosigue avasalladoramente. Hasta el juicio final, los indígenas y negros tienen el derecho de protestar contra los males infligidos a ellos y reclamar reparación condigna. Por eso, es necesario apoyar la búsqueda de liberación y de autonomización de las culturas indígenas y afroamericanas, presionar para acuerdos internacionales que favorezcan a las naciones empobrecidas por el colonialismo, incluyendo en eso una reparación a los daños ecológicos que se hacen cada día más urgente.

Por razones evangélicas, debemos asumir la causa y las luchas de aquellos que fueron despojados y hechos injustamente pobres. Ellos son los privilegiados del Dios de la vida que siempre toma partido por aquellos que gritan por la vida y la libertad, como los judíos otrora esclavizados en Egipto o exiliados en Babilonia. Si el evangelio es buena noticia de una vida terrenal fraterna y de una vida eterna en comunión con Dios, con los humanos y con toda la creación, entonces lo es primeramente para ellos. Para ellos valen las bienaventuranzas y la promesa mesiánica de una liberación integral.

Si la nueva evangelización ayuda en esa inmensa tarea de rescate de 500 años de sangre y lágrimas, habrá cumplido sólo su deber y pagado un poco la inconmensurable deuda que contrajimos con las víctimas, y que todavía falta mucho por pagar. La pasión de los inocentes no habrá sido en vano.

(De la revista PASTORAL POPULAR -Casilla 390-V, Santiago 21, Chile- N° 217, abril, 1992, pp.17-25)

“Señores nuestros, muy estimados señores: Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra. Aquí ante vosotros, os contemplamos, nosotros gente ignorante... Y ahora ¿Qué es lo que diremos? ¿Qué es lo que debemos dirigir a vuestros oídos? ¿Somos acaso algo? Somos tan sólo gente vulgar... Por medio del intérprete respondemos, devolvemos el aliento y la palabra del Señor del cerca y del junto. Por razón de El, nos arriesgamos, por eso nos metemos en peligro.. Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción, es sólo a donde seremos llevados. (Mas) ¿Adónde deberemos ir aún? Somo gente vulgar, somos perecederos, somos mortales, déjennos pues ya morir, déjennos ya perecer, puesto que ya nuestros dioses han muerto. (...)

Vosotros dijisteis que nosotros no conocemos el Señor del cerca y del junto, a Aquél de quien son los cielos y la tierra. Dijisteis que no eran verdaderos nuestros dioses. Nueva palabra es ésta, la que habláis, por ella estamos perturbados, por ella estamos molestos. Porque nuestro progenitores, los que han sido, los que han vivido sobre la tierra no solían hablar así.

Ellos nos dieron sus normas de vida, ellos tenían por verdaderos, daban culto, honraban a los dioses. Ellos nos estuvieron enseñando todas su formas de culto, todos sus modos de honrar (a los dioses). Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca, (por ellos) nos sangramos, cumplimos las promesas, quemamos copal (incienso) y ofrecemos sacrificios.

Era doctrina de nuestros mayores que son los dioses por quien se vive, ellos nos merecieron (con su sacrificio nos dieron vida). ¿En qué forma, cuándo, dónde? Cuando aún era de noche. Era su doctrina que ellos nos dan nuestro sustento, todo cuanto se bebe y se come, lo que conserva la vida: el maíz, el frijol, los bledos, la chía. Ellos son a quienes pedimos agua, lluvia, por la que se producen las cosas de la tierra. Ellos mismos son ricos, son felices, poseen las cosas, de manera que siempre y por siempre las cosas están germinando y verdean en su casa... Nunca hay allí hambre, no hay enfermedad. (...)

Y ¿en qué forma cuándo, dónde fueron los dioses invocados, fueron suplicados, fueron tenidos por tales, fueron reverenciados? De ésto hace ya muchísimo tiempo... Y ahora, nosotros ¿destruiremos la antigua regla de vida?... Nosotros sabemos a quién se debe la vida, a quién se debe el nacer, a quién se debe el ser engendrado, a quién se debe el crecer, cómo hay que invocar, cómo hay que rogar.

Oid, señores nuestros, no hagáis algo a vuestro pueblo que le acarree la desgracia, que lo haga perecer... Tranquila y amistosamente considerad, señores nuestros, lo que es necesario. Es ya bastante que hayamos perdido, que se nos haya quitado, que se nos haya impedido nuestro gobierno. Si en el mismo lugar permanecemos, sólo seremos prisioneros. Haced con nosotros lo que queráis. Eso es todo lo que respondemos a vuestro aliento, a vuestra palabra, oh Señores nuestros!”

DIALOGO DE LOS DOCE. Respuesta de los sabios aztecas a los misioneros franciscanos (1524)